

Los de abajo y sus contemporáneos.
Mariano Azuela y los límites del liberalismo

JORGE RUFFINELLI
Stanford University

Hacia 1924, Mariano Azuela (1873-1952) había publicado diez libros, y sin embargo era un desconocido. Entre esos libros, algunos cimentarían más tarde su prestigio: *María Luisa* (1907), *Los fracasados* (1908), *Mala yerba* (1909), *Andrés Pérez, madeirista* (1911), *Sin amor* (1912), *Los de abajo* (1916), *Los caciques* (1917), *Las moscas* (1918), *Las tribulaciones de una familia decente* (1918), *La malhora* (1923). Si consideramos que Mariano Azuela fue "descubierto" en 1924 gracias a una polémica sobre la literatura mexicana, y que a esa fecha ya había publicado obras importantes (entre ellas, nada menos que *Los de abajo*), la reflexión se enfrenta con un enigma de recepción literaria.

Sin embargo, no es éste el único problema que la literatura de Azuela propone al lector activo. No menos arduo es el que se refiere a la recepción ideológica y política: ¿era *Los de abajo* "la" novela de la Revolución, o, por el contrario, una novela reaccionaria? ¿Representaba con fidelidad a la Revolución Mexicana, o bien se trataba de un retrato parcial y distorsionado? Hoy es posible formular esta pregunta porque la crítica mexicana no se ha puesto de acuerdo: hubo quienes consideraron a *Los de abajo* (y a su autor) por sus cualidades "revolucionarias" y quienes tacharon a ambos, obra y autor, con el estigma de la "reacción". La abundancia de documentos hace insoslayable el esfuerzo por dilucidar esa aparente (o real) contradicción.

El tercer aspecto interesante —y a veces apasionante— en la historia de la recepción crítica de *Los de abajo*, es la oportunidad de observar los modos sociales de negación o apropiación de las figuras culturales. Azuela pasó del anonimato a la glorificación y a ser el sujeto de una afirmación nacional. Visualizar este paso puede abrir avenidas singulares, paradigmáticas, para una futura historia de la institución literaria y sus relaciones con la sociedad y el estado.

En este ensayo me propongo revisar dichos aspectos, sin aislarlos artificialmente, al contrario, observándolos en su necesaria relación. Tomemos tres momentos importantes en la carrera literaria de Mariano Azuela: primero, el momento de la escritura de *Los de abajo*; segundo, el de su “redescubrimiento” (Englekirk), que es al mismo tiempo el inicio de la recuperación de Azuela, y tercero, el de su muerte, que finaliza el proceso de glorificación.

En junio de 1915 Obregón venció militarmente a Francisco Villa en Celaya, sellando la derrota y la dispersión del ejército del caudillo norteño. Azuela, que oficiaba de médico en las fuerzas villistas de Julián Medina, buscó asilo en El Paso, Texas. Allí acabó de escribir y publicó *Los de abajo*, libro que presentó, no como novela, sino como *Cuadros y escenas de la Revolución actual*.¹ Es interesante señalar esto por la ambigüedad genérica de *Los de abajo* desde su origen y porque a partir de 1925 la crítica señaló como defecto compositivo de la “novela” su fragmentariedad, sin advertir en todo caso que aportaba un novedoso estatuto novelístico, a medio camino entre un costumbrismo al que superaba ampliamente y una modalidad “testimonial”, no muy bien formulada, pero pionera, si se considera el desarrollo de este género en la literatura hispanoamericana posterior.

El periplo de Azuela en esos meses gestores de *Los de abajo* ha sido estudiado con detalle (Robe). También fue objeto de

¹Éste es el subtítulo de la novela en sus primeras ediciones. Más tarde se cambió —y así quedó en las *Obras completas*— a “Novela de la Revolución Mexicana”.

algunos textos del propio autor dedicados a dar su testimonio contextual. En uno de ellos, titulado igual que su novela, "Los de abajo" (1960 1077 ss.), el autor dice: "Villista derrotado, llegué a El Paso, Texas, y en el diario subvencionado por don Venustiano Carranza, *El Paso del Norte*, se publicó por primera vez mi librito". El resto del artículo se dedica a establecer el contexto histórico, la situación personal del autor, las circunstancias de su viaje fuera de fronteras, y a responder a la recepción negativa que, a lo largo de varias décadas, había sufrido su "librito". En otro texto, "Cómo escribí *Los de abajo*" (1960 1267 ss.), Azuela sintetizó nuevamente el episodio de la escritura, mencionando su cualidad de "apuntes":

Con el nombre de "Cuadros y escenas de la Revolución" he ordenado muchos apuntes recogidos al margen de los acontecimientos político-sociales desde la revolución maderista hasta la fecha. De tal serie forman parte los episodios de mi relato *Los de abajo*, escrito en plena lucha entre las dos grandes fracciones en que la ambición dividió a los revolucionarios, a raíz de su triunfo sobre Victoriano Huerta.

No es difícil, pues, imaginar a Mariano Azuela en El Paso, escribiendo *Los de abajo* en las condiciones más lamentables: con una máquina de escribir ajena, en la misma redacción del periódico en que la novela se publicaba por entregas, presionado por los plazos para acabar los capítulos aún no escritos, angustiado por la pobreza y por la situación de aislamiento, de exilio, de derrota militar y política. Con sus textos autobiográficos Azuela nos ha ayudado a imaginar esa escena, que tiene mucho de paradigmática sobre la escritura 'comprometida', la que se cumple casi simultánea a los hechos y para dar fe de ellos. Muy lejos del consejo becqueriano de dejar enfriar las pasiones antes de empuñar la pluma, Azuela escribió con pasión, y lo que en otro hubiese sido una mera efusión panfletaria, en su escritura tuvo medida realista. Medida que no implicaba la objetividad de la encuesta, sino un peculiar procesamiento ideológico de sus materiales.

No tengo el propósito de romantizar la escena de la 'escritura', ni abundar sobre las circunstancias de la génesis literaria

que el propio novelista se encargó de reseñar; quiero en cambio advertir por un momento la absoluta unidad entre experiencia política y escritura, como dos instancias de una acción llamada a tener consecuencias en diferentes ámbitos, aunque siempre dentro de su misma cultura.

El 'discurso' de Azuela, paradójicamente, tuvo el silencio como respuesta. Durante casi diez años, desde la primera edición de *Los de abajo* en los folletines de *El Paso del Norte* y la primera en libro, de 1916 (por el mismo periódico), casi nadie escribió sobre la novela;² su recepción era el silencio cerrado, y una de sus consecuencias fue que Azuela decidiera dejar de escribir (S. Azuela 1952). Abandonar la escritura y dedicarse con exclusividad a la profesión médica era el equivalente literario de aquella derrota de Villa en Celaya; Azuela consideraba que el silencio sobre *Los de abajo*, así como las posteriores reacciones negativas, eran resultado directo de su capacidad de denuncia y se ubicaban en el mismo cuadro (y escena) del fracaso revolucionario:

Duros días aquéllos, para los que vivíamos atenedos a nuestras propias fuerzas. Fue un tiempo en que el carrancismo victorioso había llevado al pueblo a la extrema miseria. Políticos rapaces y militares corrompidos inventaron algo diabólico [...]. Todos vimos cómo rateros de la víspera se convertían al día siguiente en dueños de automóviles, propietarios de suntuosas residencias, accionistas de las negociaciones más prósperas, y todo como el fruto de la miseria y del hambre de las clases laborantes. ¡Qué de extraño habría de parecerme entonces que cuando en mis libros señalé aquellas lacras, se me marcara con el hierro candente de 'reaccionario'! Los rateros y los asesinos no han podido encontrar defensa mejor que esa palabra hueca (1960 1090).

Podrían aventurarse algunas explicaciones para el silencio que siguió a *Los de abajo*. Dos, al menos, son pertinentes. La

² Debo consignar las dos 'primeras' reseñas de *Los de abajo*, aparecidas en el mismo periódico *El Paso del Norte* que dio a conocer la novela en 1915: Enrique Pérez Arce (10 de diciembre) y J. Jesús Valdez (21 de diciembre); estas dos reseñas fueron recuperadas por Stanley L. Robe (1979). Para mayores detalles sobre la génesis de *Los de abajo* y la historia de su recepción remito a Ruffinelli 1983 y 1988.

novela apareció por entregas en 1915 y en libro en 1916; los ejemplares del periódico no fueron conservados. Stanley Robe, quien siguió su pista, deseoso de encontrar una colección del mismo en los Estados Unidos, vio sus esfuerzos frustrados durante años. Finalmente halló una colección en el Fondo Basave de la Ciudad de México, cuando esa biblioteca se puso a disposición pública, pero la colección es incompleta y faltan dos entregas de la primera edición de *Los de abajo*. En cuanto a la primera impresión en libro, el propio Azuela confesó no conocer el destino de sus ejemplares. Hace algunos años unos pocos fueron detectados en librerías fronterizas, y hoy constituyen rarezas bibliográficas. Lo cierto es que la edición no alcanzó al público que merecía, por circunstancias explicables. Ante todo, porque la Revolución no salía de su etapa armada y trastornaba todas las dimensiones de la vida nacional. Otra explicación tiene que ver con el centralismo cultural mexicano, el hecho de que toda expresión literaria deba pasar, ritualísticamente, por la sanción de la capital para conocerse, reconocerse y proyectarse en el resto del país. Esta anomalía era tan cierta en 1915 como lo es hoy: la Ciudad de México es tan absorbente, que no sólo acabó constituyéndose en un monstruo demográfico, sino en un centro de dictadura cultural.

Estas explicaciones respondían a un presunto o real desconocimiento de la primera edición de *Los de abajo*; es menos explicable en términos de los diez libros ya publicados y de las varias ediciones (1915, 1916, 1917 y 1920) de la novela referida. La desestructuración de la cultura, la ignorancia, la desidia de sus críticos, eran explicaciones alternativas y relativamente válidas del silencio. Cuando se redescubrió la novela en 1924/5, tuvo origen un proceso muy interesante, que ilustra los modos en que la cultura mexicana reacciona para recuperar sus valores postergados.

El propio Azuela señaló —en términos de claro agradecimiento— que el “éxito que esta novela alcanzó después de diez años de publicada” se debía fundamentalmente a tres personas: Rafael López, quien la mencionó a fines de 1924 en una entrevista como “el esfuerzo más serio realizado en ese género

literario” durante la última década; Francisco Monterde, quien empleó a la novela como ejemplo y arma de ataque en una polémica de 1925, y Gregorio Ortega, quien no sólo escribió en México sobre *Los de abajo*, sino que fue su promotor en Madrid y en París. Éste es el segundo momento que me propongo observar, por su gran interés para la historia de la literatura mexicana.

Poco antes de la referida polémica, hacia fines de 1924, apareció en *El Universal* un artículo titulado “La influencia de la Revolución en nuestra literatura”. La firma de José Corral Raigán les pertenecía a tres escritores: Febronio Ortega, Carlos Noriega Hope y Arqueles Vela. Este artículo se inscribe en los inicios de la Vanguardia en México, cuando el estridentismo se encontraba en plena gestión. Noriega Hope respaldaba a los vanguardistas desde su cargo de responsabilidad en *El Universal*, y alentó la polémica poco después. En el artículo referido, los vanguardistas enfatizaban el carácter nacionalista de su discurso frente a la acusación de “europeísmo”, su vinculación sustantiva con la Revolución mexicana y el carácter removedor de su proyecto. En cuanto a la renovación de la literatura mexicana, reconocían a un solo precursor: López Velarde. “La Revolución tiene un gran pintor: Diego Rivera. Un gran poeta: Maples Arce. Un futuro gran novelista: Mariano Azuela, cuando escriba la novela de la Revolución” (Schneider 161). Precisamente la polémica del año 1925 iba a traer como consecuencia la respuesta: Azuela *ya* había escrito esa novela.

Julio Jiménez Rueda, figura prestigiosa en la cultura mexicana, publicó en *El Universal* (1924) un artículo provocativamente titulado “El afeminamiento de la literatura mexicana”, donde contrastaba la prosa de ayer (“chispazos de genio, pasiones turbulentas, aciertos indudables y frecuentes ponían en la obra un no sé qué, comprensión de la naturaleza circundante, amor, elegancia, pensamiento original”) con la prosa ‘afeminada’ de hoy (“Pero hoy [...] hasta el tipo que piensa ha degenerado. Ya no somos gallardos, altivos, toscos [...]. Es que ahora suele encontrarse el éxito, más que en los puntos de la pluma, en las complicadas artes del tocador” (Schneider 162

ss.). El artículo lastimó un doble nervio: provocó al machismo y creó la oportunidad para expresarse sobre la situación (entonces) actual de la literatura, dos tópicos que continuamente han despertado el interés en los intelectuales hispanoamericanos. *El Universal* inició una encuesta sobre “¿Existe una literatura mexicana moderna?” a la cual contestaron varios escritores, entre ellos Azuela.

El nombre de Azuela salió a la palestra a través de Monterde, quien, al contestarle a Jiménez Rueda en similares términos sexistas (“Existe una literatura mexicana viril”, diciembre 1924), y después de pasar a las penurias de la cultura nacional (críticos que prefieren lo extranjero a lo nacional, editores que les editan delgadas *plaquettes* a sus amigos, etc.), ejemplificó en Azuela la ‘virilidad’ de la literatura mexicana:

Haciendo caso omiso de los poetas de calidad —no afeminados— que abundan y gozan de amplio prestigio fuera de su patria, podría señalar entre los novelistas apenas conocidos —y que merecen serlo— a Mariano Azuela. Quien busque el reflejo fiel de la hoguera de nuestras últimas revoluciones tiene que acudir a sus páginas. Por *Los de abajo* y otras novelas, puede figurar a la cabeza de esos escritores mal conocidos, por deficiencias editoriales —él mismo edita sus obras en imprentas económicas, para obsequiarlas—, que serían populares y renombrados si sus obras se hallaran, bien impresas, en ediciones modernas, en todas las librerías, y fueran convenientemente administradas por agentes en los estados. ¿Quién conoce a Mariano Azuela, aparte de unos cuantos literatos amigos suyos? Y, sin embargo, es el novelista mexicano de la Revolución, el que echa de menos Jiménez Rueda en la primera parte de su artículo (Monterde 13).

Me interesa destacar que Monterde llama aquí a Azuela “el novelista mexicano de la Revolución”, carácter que posteriormente otros críticos le negarían. Este artículo sería clave para la revaloración de Azuela, al llamar la atención sobre el escritor olvidado, a quien *El Universal* de inmediato se encargaría de reeditar en 1925, al calor de la polémica. Así como Azuela había decidido dejar de escribir debido al silencio que rodeaba su obra entera, el redescubrimiento de *Los de abajo* en 1924 lo impulsó nuevamente a la escritura. Sin embargo, si bien

escribió varias novelas más en los veintisiete años que aún faltaban para su muerte, hay que subrayar el fenómeno de que su celebridad estaría siempre anclada a *Los de abajo*. Éste es otro fenómeno que la crítica ha dejado pasar sin discusión.

A partir de este "momento" de recuperación de Azuela, la recepción de *Los de abajo* fue siempre polémica, la novela se haría difícilmente asible y catalogable, diríase escurridiza. En un primer momento, el llamado de atención sobre Azuela significó un desafío de cara a los críticos reconocidos. El 'olvido' de Azuela ponía en jaque al propio ejercicio crítico y al prestigio de los intelectuales. Uno de los primeros en reaccionar fue Eduardo Colín, en un artículo titulado "*Los de abajo*", en *El Universal*, el 30 de enero de 1925 (Colín); reseñó la novela, reconociendo que "es de la mejor literatura que se ha escrito de la Revolución". Logró ubicarla un paso más adelante del naturalismo francés, tan influyente en la época:

Sigue el método objetivo, impresional, de los grandes maestros naturalistas (con un indiferentismo de lo humano en pasajes, a la Maupassant), pero con más expedición moderna. El autor no se siente en la acción. Cada personaje tiene vida propia, y, aunque a ratos demasiado directos, *nature*, cuando esto no es decisivo sirve a darles verdad simple y fuerte, que es lo que alcanza esta obra (Monterde 16).

En el capítulo de los defectos, la novela le merecía a Colín la observación de "breve y fragmentaria", y aunque reconoció que su subtítulo "Cuadros" implicaba la fragmentariedad del estilo, juzgó que "ha debido ser construida más en su conjunto". Por el momento, indicó Colín, Azuela "ha hecho una notable *esquisse*, que deseamos amplifique y le dé envergadura y proyecciones superiores" en obras futuras. Es la suya una crítica de buena fe, que observa con perspicacia lo que hoy, con Bajtín, podríamos llamar "polifonía" novelesca, pero deja pasar de largo, con su juicio positivo de la objetividad novelística ("El autor no se siente [...]. Cada personaje tiene vida propia"), la ideología que articula poderosamente su realismo.

Una crítica más dura y agresiva fue la de Salado Álvarez. El 4 de febrero, este crítico publicó en *Excelsior* su artículo "Las

obras del doctor Azuela”, donde comenzaba por reconocer no haber leído *Los de abajo* hasta entonces, aunque en cambio conocía a Azuela y le había elogiado en una carta (publicada) un relato anterior. Leída ahora, *Los de abajo* le provocaba muchas preguntas negativas. Por ejemplo, los personajes carecían de todo valor representativo del pueblo mexicano: “¿Por qué llamar *Los de abajo* a esta obra singular y espontánea? Acaso serán los de abajo todos esos tipos patibularios para los cuales parece débil y hasta galante el calificativo de lombrosianos?” Por ende, le negó a la novela el carácter revolucionario:

... esta novela no es revolucionaria, porque abomina de la Revolución; ni es reaccionaria, porque no añora ningún pasado y porque la reacción se llamaba Francisco Villa cuando la obra se escribió. Es neta y francamente nihilista. Si alguna enseñanza se desprendiera de ella (y Dios quiera no tenga razón al asentarla) sería que el movimiento ha sido vano, que los famosos revolucionarios conscientes y de buena fe [no] existieron o están arrepentidos de su obra y detestándola más que sus mismos enemigos.

Y la dureza de su crítica acabó por lo gramatical: “Sus obras no están escritas; no sólo tienen concordancias gallegas, inútiles repeticiones, faltas garrafales de estilo, sino que carecen hasta de ortografía elemental que se aprende en tercer año de primaria”.

Salado Álvarez inició históricamente la consideración crítica negativa de Azuela, y en parte le asistía la razón en sus observaciones. Comenzando por la última cita, era cierto que las primeras ediciones de Azuela estaban plagadas de incorrecciones ortográficas. El cotejo de las primeras ediciones muestra claramente que Azuela corrigió el texto en la medida de sus posibilidades, pero los errores persistieron en gran número, hasta desaparecer en las sucesivas ediciones, debido, sin duda, al empeño de los correctores. La edición “Razaster” (1920) fue clave en las variantes textuales: en ella Azuela introdujo cambios importantes, rescritura de amplios pasajes o de múltiples párrafos aislados, y ante todo la inclusión del personaje Valderrama en la Tercera Parte. Ésta era la edición que los críticos podían conocer en 1924, y sobre ella y sus persisten-

tes fallas es que Salado Álvarez se explayó virulentamente. Sin embargo, más que el contenido de sus observaciones, lo que molestaba en su crítica era el tono ofensivo y presuntuoso, y el intento derogatorio. Ello motivó una rápida respuesta de Carlos Noriega Hope: llamó a la de Salado "crítica del punto y coma", propia del "domine pedante", en un artículo de *El Universal Ilustrado* titulado "El doctor Mariano Azuela y la crítica del punto y coma" (10 de febrero de 1925; Englekirk 62). Si las ortográficas eran obvias, las "faltas garrafales de estilo" pertenecían a un ámbito mucho más subjetivo. Tenían que ver con el gusto personal, no eran 'objetivas' ni palpables, dependían fuertemente de la recepción. En varios aspectos, el estilo escueto, directo, realista de Azuela contrastaba con el naturalismo todavía predominante y se encontraba totalmente al margen de las inflexiones parnasianas y modernistas.

Azuela resintió el terrorismo verbal de Salado Álvarez en este episodio; pasados muchos años, en una carta pública a Manuel Pedro González, se solidarizaría con este crítico por el silencio que rodeaba su *Trayectoria de la novela en México*, pero ante todo porque en las dos únicas y "brevísimas referencias a su libro", una le hiciera "el cargo de una falta de ortografía" (M. Azuela 1952 b).

De la polémica de 1924/5 sobre la novela mexicana, Azuela salió beneficiado: *Los de abajo* se reeditó, su carrera de escritor tomó un 'segundo aire', y el escritor comenzó a ingresar firmemente en la celebridad. Su opinión fue buscada a cada momento por los más disímiles motivos: "¿Existen autores teatrales en México?", "¿Con qué escriben nuestros escritores?", "Nuevos conceptos sobre el Ultrapelonismo" (la moda del pelo corto). Era irónico pensar que pocos meses antes Azuela era un desconocido, y de pronto comenzaba a existir y a recoger los laureles. En rigor, esta expresión es exacta. Pese a que la discusión en torno al carácter "revolucionario" de *Los de abajo* continuó y se extendió en las siguientes décadas, como veremos con algunos ejemplos, es también cierto que se inició para Azuela el proceso de su glorificación y, con poca resistencia, el de su institucionalización literaria dentro del dominio estatal.

En este proceso (“glorificación” es el término más preciso), la suerte de *Los de abajo* fuera de fronteras fue esencial. Por una parte, la sucesión de traducciones (por ejemplo, tres en 1929), por otra la recepción crítica y de público en España y Francia. Esto constituiría un nuevo capítulo en la recepción de *Los de abajo*, pero es importante implicar el ascendiente de la valoración extranjera en la recepción nacional. Vale la pena notar que los intelectuales españoles —Azaña, Valle Inclán, Díez Canedo— elogiaron *Los de abajo* sin reservas, paradójicamente sin pedirle nunca el casticismo que se le exigía en México. En general, se consideró a *Los de abajo* como una novela importante en sí misma, pero también como representativa de la Revolución mexicana y de una “América nueva”.

Aunque no voy a abundar en la recepción ‘extranjera’ de *Los de abajo*, es preciso señalar otro hecho. A fines de los años veinte *Los de abajo* no sólo había salido de la sombra y el silencio en que naciera, sino que se reeditaba irregularmente en ediciones piratas, ante todo en Sudamérica. En una carta dirigida a Gregorio Ortega en julio de 1929, Azuela se quejó de esa situación, señalándola con ironía:

Usted debe saber también que han hecho traducciones [de *Los de abajo*] a otros idiomas y se han hecho ediciones en Sudamérica; pero con todas esas buenas [personas] no he tenido la menor dificultad, pues ninguno se ha tomado siquiera la molestia, no sólo de solicitar el permiso, pero ni de avisármelo siquiera (1969 210).

De ignorada hasta 1924, la novela había pasado a ser objeto de saqueo.

Durante la década del treinta, toda la obra de Azuela, y en particular *Los de abajo*, se asumieron como valores reconocibles, nacionales. Era precisamente la época de la reflexión sobre el ser mexicano (Ramos y *El perfil del hombre y la cultura en México*, 1934); de la búsqueda de la afirmación nacional y de la identidad, ante un violento pasado inmediato que había encontrado cauces de pacificación, pero donde también había vuelto a explotar la revuelta (la Cristiada de 1926/9). En 1931, Xavier Villaurrutia reflexionó sobre Azuela aportando un argumento

que correría con suerte en la crítica negativa de Azuela. Para Villaurrutia, Azuela era "revolucionario" en la estética, no en la ideología. Menos aún podía considerárselo "el novelista de la Revolución":

Los de abajo y *La malhora*, de Azuela, son novelas revolucionarias en cuanto se oponen, más conscientemente la segunda que la primera, a las novelas mexicanas que las precedieron inmediatamente en el tiempo. Sólo en ese sentido Mariano Azuela, que no es el novelista de la Revolución mexicana, es un novelista mexicano revolucionario.

Abundando en esta distinción, Villaurrutia añadió:

El último en creer que Mariano Azuela es el novelista de la Revolución ha de ser, sin duda, Mariano Azuela, que escogió ya, desde hace un buen número de años, su punto de vista de escritor de novelas y que, seguramente, no tratará ahora de conciliar el suyo con el punto de vista que, fuera de él, se le propone.

Hay en estos juicios una sagaz percepción del proceso ideológico que comenzaba a rodear a la novela (a *Los de abajo*) y al novelista, proceso que he llamado, ampliamente, 'glorificación'. Villaurrutia comenzó por señalar la presencia de lo "revolucionario" en un aspecto que nadie hasta entonces reconociera: el literario, su aporte nuevo a una tradición novelística. Lo que Colín reconocía apenas como un *surplus* estilístico sobre el naturalismo, para Villaurrutia adquiría primacía, importancia y carácter radical. Sin embargo, la crítica literaria posterior ha estado más del lado de Colín que de Villaurrutia; frente a los inmensos cambios literarios introducidos a la novela a principios del siglo veinte (Proust, Kafka, Woolf, Joyce, etc.), la 'superación del realismo' en Azuela era más bien tímida. Por ende, a lo largo del tiempo ha sido mucho más poderoso el movimiento que hace de Azuela un 'representante' genérico e ideológico de la Revolución mexicana, y que monta sobre esa representatividad su carácter 'revolucionario'. Aquí empieza a funcionar un instrumento de enorme influencia: la necesidad del Estado de integrar obras y escritores dentro de su sistema como un modo de impedir (o neutralizar) el antagonismo o la crítica, el

cuestionamiento de su orden y la jerarquía de privilegios sociales y económicos implícitos en ese orden. En su artículo, Villaurrutia intentó separar el "punto de vista" de Azuela del "punto de vista que, fuera de él, se le propone". Aunque la glorificación a partir del Estado es comúnmente aceptada dentro del código cultural y nacionalista (premios, honores), resulta significativo, como veremos más adelante, el interés de Azuela y sus simpatizantes por señalar, en las ocasiones sensibles de recibir distinciones estatales, la "independencia" del escritor. Esto es especialmente importante en la historia cultural mexicana, desde que el Estado asume el discurso histórico de la Revolución y se define como el heredero y ejecutor permanente de sus principios.

Junto con la de Villaurrutia, hay otras reseñas interesantes en los años treinta. Importa destacar, por ejemplo, la de Jorge Ferretis (1902-1962), dado que, con *Tierra caliente* y otros libros narrativos, Ferretis integraba también la llamada "novela de la Revolución mexicana". Para Ferretis, Azuela era el "prototipo de autor nuestro", debido a la "potencialidad de su modestia y [...] la valentía de la oscuridad y de la persistencia" (Ferretis 154-158). Aunque la crítica mexicana no desarrolló nunca esta observación, importa reconocer en ella, no tanto una 'representatividad' de tipo patriótico, gloriosa, cuanto una manera de ser sufrido, y un modo de producción literaria tesonero y escueto. Ese modo sería prototípicamente mexicano en las primeras décadas del siglo, pero el mismo ejemplo de Azuela mostraría que la otra cara de la moneda era por igual cierta: el escritor mexicano trabaja en la sombra, sin reconocimientos, casi sin otro estímulo que el mismo esfuerzo, y asimismo puede llegar a ser el objeto de la glorificación y a gozar de innumerables privilegios.

A fines de los años treinta e inicio de la década siguiente, la obra de Azuela ingresó en una situación particular: se hizo objeto de estudio, no sólo de crítica periodística. El primer signo fue establecido por el acopio bibliográfico y los estudios académicos. En 1937 apareció la primera "Bibliografía de Mariano Azuela" (Villaseñor); en 1940, una exhaustiva "Bio-

grafía y bibliografía de don Mariano Azuela” hecha por un norteamericano (Moore); en 1938, un extenso ensayo por un académico de prestigio (Torres-Rioseco). De todos modos, como es característico en la crítica hispanoamericana, ésta continuó desarrollándose más abundantemente en el periodismo cultural.

La crítica de los años cuarenta intentó instalar la discusión literaria de Azuela en planos de reflexión política y de nacionalismo cultural, como planteos que interesaban en el contexto de otros discursos intelectuales de la época, ante todo cuando obras como las de Vasconcelos y Guzmán habían completado, junto con las de Azuela, el amplio fresco de la Revolución. Villaurrutia había localizado nominalmente un “punto de vista” (el de Azuela), sin analizarlo ni definirlo. Y parecía tiempo de hacerlo. Sin embargo, un ensayo como el de Francis M. Kercheville sobre “El liberalismo en Azuela” satisface escasamente el proyecto de su título. Kercheville utilizó el término “liberalismo” sin definir el concepto, y si bien señaló sin lugar a dudas que Azuela asumía “un punto de vista liberal con respecto a su pueblo y sus problemas” (Kercheville 381), sólo dejó inferir en la lectura que el referido liberalismo consistía en que Azuela distinguiese simultáneamente “dos aspectos de la revolución: [...] ‘el triunfo sublime de la justicia’” y el empannamiento de los ideales; glosando a un personaje de Azuela, para Kercheville éste creyó “ver ‘una florida pradera al remate de un camino’, [y en cambio] se encontró con un pantano”. Es decir, su liberalismo se concentraba en observar el costado político del movimiento social, su ruta accidentada, su desvío, su freno. Es cierto que la obra escrita por Azuela en estos años implicaba una continua crítica negativa, a veces diatriba demoledora, de los “líderes falsos” (386), así como una “sátira contra los politicastros” (385). Pero Kercheville no observó, sin embargo, que la decepción de Azuela igualmente tomaba como objeto a “los de abajo”, no sólo a los políticos de la superestructura, y que esa doble decepción era la que finalmente alentaba la crítica ‘desde dos bandos’: “Los radicales de izquierda, los de ‘vanguardia’, clasifican a Azuela como conservador y reac-

cionario; los conservadores extremados le consideraran radical" (394). Azuela interpretaría este doble embate como signo de su independencia de criterio, sin considerar que podría leerse, por otro lado, como la reacción natural a sus dos decepciones, motivadas por la perspectiva liberal de su crítica, esto es, por las limitaciones de una visión de la realidad que fincaba su juicio histórico sólo en lo político.

En 1949, la crítica desde la izquierda fue asumida por José Mancisidor: "No es Azuela un novelista revolucionario, pero es, por antonomasia, el novelista de la Revolución. Su novela *Los de abajo* pone a la luz la dramática lucha de nuestro pueblo aunque no sea sino en forma parcial" (Mancisidor 1949). Pese a limitar la perspectiva literaria de Azuela ("en forma parcial"), Mancisidor reconoció su condición pionera: "Azuela fue el primero, quien enseñó un nuevo camino". Más tarde reiteraría esta doble y completa valoración en 1957 (Azuela había muerto cinco años antes, y hacía cuatro que Mancisidor había publicado su novela más destacada, *Frontera junto al mar*), en un artículo titulado generosamente "Mi deuda con Azuela". Este artículo es importante como perspectiva a la vez personal y generacional. Mancisidor habla allí por sí mismo y por los escritores que, aceptando las líneas trazadas por la "novela de la Revolución mexicana", trabajaban en ella con aportes personales. Por un lado, el reconocimiento de escribir desde el centro de una tradición aparece al glosar una famosa frase de Dostoievski. Del mismo modo que éste había señalado que "todos [los escritores rusos de su generación] procedemos" de *El capote* de Gogol, "nosotros, los novelistas llamados 'de la Revolución', podemos decir que todos procedemos de *Los de abajo* de Mariano Azuela" (Mancisidor 1957).

Dicho reconocimiento estableció un marco de respeto desde el cual hacer las salvedades críticas a la visión de Azuela. La recepción de Mancisidor fue una de las más elocuentes y sensibles; por un lado, se trataba de un novelista, como Azuela; por otro, de un intelectual, autor de una *Historia de la Revolución Mexicana* y de innumerables ensayos sobre las relaciones entre literatura y cambio social. La influencia de Azuela sobre

Mancisidor llegaría a ser dialéctica: Mancisidor escribió en 1940 una novela propia 'en respuesta' a *Los de abajo* —*En la rosa de los vientos*—, pero como podremos ver, la diferencia no era estética sino ideológica, entendiendo (Mancisidor) a la estética como la forma del contenido ideológico. Mancisidor hizo el reconocimiento de "deuda" en el párrafo arriba citado, pero añadió de inmediato: "Aunque algunos, como yo, hayamos procurado apartarnos de la 'línea' que el novelista jalisciense empleó para la creación de la más representativa de sus obras".

Esa 'línea' estaba representada, obviamente, no por la crítica de Azuela a los políticos que medraban con la Revolución (lo cual era compartible y poco debatible), sino por la omisión en reconocer la participación de los *otros*: la parte sana y positiva de la lucha.

Leí *Los de abajo*, como la leyeron muchos mexicanos, cuando ya no fue posible ignorarla. Actor yo mismo en el escenario de la Revolución mexicana, algo se revolvió dentro de mí. Había en aquella novela que Azuela nos daba mucha verdad y no poca mentira. De ahí que *Los de abajo* no fuera a mis ojos sino una realidad fragmentada. Yo, que había vivido y vivía aún, junto al pueblo en armas, sabía bien que Demetrio Macías era sólo una parte de la verdad. Sí, yo había conocido, como Azuela, a muchos Demetrios Macías, a muchos Curros, a muchos Codornices, a muchos Venancios, a muchos Anastacios [...]. Pero, igualmente, yo había conocido a tantos hombres como yo mismo: jóvenes metidos en el vendaval revolucionario por causas que no eran las que Azuela, en *Los de abajo*, denunciaba (Mancisidor 1957).

De tal modo, "no: la Revolución no había sido sólo hurto, rapiña y anarquía". Mancisidor recibió y respondió a *Los de abajo* señalando una fragmentariedad que no era estilística sino de perspectiva política. En otros términos, la *limitación* de su liberalismo. Pero creyendo superar esa fragmentariedad con *otra* novela, *En la Rosa de los vientos* (1940), Mancisidor no hizo más que ingresar en el juego estético parcializado de Azuela. Dio la versión *positiva* de una Revolución que Azuela había visto sólo en su costado *negativo*. En ese sentido, la recepción de *Los de abajo*, en el diálogo intertextual que supone con *En la Rosa de los vientos*, simplemente modificó su signo.

Yo no caí en el error de darle a mi novela una salida derrotista. El último capítulo de ella es una promesa. Y aquel Canteado, trabajando la tierra al calor de las viejas canciones del vivac, es una realidad que permite pensar en que el pueblo mexicano hallará, como siempre, su camino.

No obstante la voluntad ideológicamente positiva de Mancididor, su imagen final no pudo sustituir ni superar la imagen *negativa* de Azuela: el final tantas veces citado de Demetrio Macías apuntando su fusil eternamente —con la eternidad del sacrificio y de la muerte.

La glorificación desde el Estado supone omitir la discusión de lo ideológico. Es también la constitución de una forma —o el trabajo sobre una forma—, que sin embargo implica un 'contenido' ideológico no expresado, pretendidamente 'neutro'. En ese proceso de glorificación se inscribió con facilidad la promoción de Azuela, hacia fines de 1949, para el Premio Nacional de Literatura y para el Premio Nobel, dos gestos que apuntaron a instalar al escritor en ambos ámbitos —nacional e internacional— a la vez. Pero la glorificación nacional era más accesible para el Estado. Éste la decide. En cambio la glorificación internacional es más esquiva, está sujeta a instancias supraestatales y, en el ejemplo del Premio Nobel de Literatura, a un equilibrio geopolítico no necesariamente coordinado con las necesidades nacionales. En 1949 se determinó que Azuela recibiría el Premio Nacional al año siguiente; para el Nobel, los tres nombres surgidos del consenso intelectual eran Alfonso Reyes, Azuela y Enrique González Martínez: un ensayista, un novelista y un poeta. Ninguno de los tres fue 'glorificado' internacionalmente en ese año o en otro. William Faulkner recibió el Premio Nobel en 1949, Bertrand Russell en 1950.

Los primeros años de la década del cincuenta, que serían los últimos en la vida de Azuela, cerraron el ciclo de la glorificación. Uno de los elementos importantes de la misma consistía en el reconcimimiento de Azuela por parte de los norteamericanos. En la misma medida en que Azuela era estudiado por la academia de Estados Unidos, se incrementaba y confirmaba su *valor*. Antes había sucedido algo semejante con la recepción eu-

ropea en los años treinta, cuando España y Francia otorgaban la medida de legitimación dentro del 'mundo de las letras'. Sin embargo, la labor académica norteamericana no estaba a salvo de errores y accidentes. Vale la pena señalarlos para el caso de Azuela, porque son paradigmáticos tanto del rigor como del descuido de los estudios. Los artículos y ensayos de escritores y académicos como Carleton Beals (1929), Ernest Moore (1940), Jefferson Rea Spell (1944), John Englekirk (1935) o el chileno Torres-Rioseco (1938), llamaban la atención sobre la obra de Azuela. En este contexto, es singular que Bernard M. Dulsey listara en *Hispania*, en 1952, muchos de los gruesos errores que se estaban cometiendo en la investigación en torno a Azuela. La crítica de Dulsey advertía contra una práctica lamentablemente reiterada hasta hoy: el citar datos o conceptos sin confirmar las fuentes. Un ejemplo referido por Dulsey: Carleton Beals había dicho (y Torres-Rioseco repetido) que Azuela "*owns a rambling house with an enormous back yard, where he passes a bucolic existence, raising chickens and rabbits*". Inquirido el propio Azuela, resultó que el escritor "odiaba a los conejos" y aquel cuadro de su existencia era sencillamente falso. Más importante que esa anécdota biográfica, resultaban los errores de lectura y de interpretación, que Dulsey encontró abundantes en J. R. Spell, a quien 'corrigió' con la ayuda de las aclaraciones del novelista.

A fines de 1949, una lacónica entrevista a Azuela hecha por Alberto Morales Jiménez aludía a la próxima entrega del Premio Nacional de Literatura "por el primer Magistrado del país"; en un artículo Fedro Guillén se refirió a Azuela como "una figura patriarcal" y admirada en México y marcó su cualidad de "viejo revolucionario independiente"; Antonio Acevedo Escobedo usó el mismo epíteto: "legítimo patriarca de las modernas letras mexicanas", así como el rasgo de "inquebrantable independencia"; Magaña Esquivel habló de Azuela como de un "escritor de absoluta independencia". La noción de escritor *independiente* era parte, asimismo, de la imagen que Azuela tenía de sí. En un texto sobre *Los de abajo*, incluido en sus *Obras completas* (1958/60), dice:

Debo a mi novela *Los de abajo* una de las satisfacciones más grandes de que he disfrutado en mi vida de escritor. El célebre novelista francés Henri Barbusse, connotado comunista, la hizo traducir y publicar en la revista *Monde*, de París, que él dirigía. La *Acción Francesa*, órgano de los monarquistas y de la extrema derecha de Francia, acogió mi novela con elogio. Este hecho es muy significativo para un escritor independiente y no necesita comentario (1960 1977 ss.).

Aunque en este texto Azuela confundió independencia con equidistancia, lo que me interesa señalar ahora es la insistencia en el referido concepto. ¿Por qué? ¿Qué motiva que en los años cincuenta, tanto los críticos simpatizantes de Azuela como el mismo escritor insistieran en el rasgo de su 'independencia'? Pienso que, en gran medida, esa nota se introduce como salvaguarda del escritor en el voraz proceso de cooptación por parte del Estado. El gobierno de Alemán representaba lo contrario de las aspiraciones populares que tanta fuerza habían tenido en el proceso. Este gobierno promovió y protegió la inversión privada y el ingreso de capitales extranjeros. Al mismo tiempo, Azuela era considerado el escritor representativo de México, el prohombre de su cultura, y la función simbólica que debía encarnar en la cultura mexicana no quedaba a su elección. La glorificación jamás le había solicitado su acuerdo. El momento, entonces, era oportuno para plantear distancias entre "su visión" y la "visión" del Estado. (El intento no fue más allá de estas reclamaciones de 'independencia', sin embargo, y no hay constancia de que Azuela concibiese una diferenciación radical).

Cuando Azuela murió, en 1952, las exequias y honras fúnebres se llevaron a cabo con la pompa del caso. Sus restos fueron inhumados en la Rotonda de los Hombres Ilustres, y a su velatorio acudieron todos los secretarios de gobierno y las autoridades superiores del Partido Revolucionario Institucional. Para una lista exhaustiva de la concurrencia, véase la crónica de Juan Balbuena, "La Patria recogió el cadáver del ilustre Mariano Azuela. Sus funerales revistieron caracteres extraordinarios; imponente homenaje" (Balbuena 1952) o la de Salvador Calvillo Madrigal, "Enlutó a las Letras Mexicanas la muerte de

D. Mariano Azuela" (Calvillo Madrigal 1952a). El tono del homenaje puede recogerse también en la oración fúnebre dicha por Salvador Novo, que se publicó al día siguiente.

La muerte de Azuela no canceló la discusión sobre su obra, sus alcances, su representatividad. Pero tampoco la nutrió, más allá de los artículos periodísticos de ocasión, más allá de las notas de aniversario. Varios de los problemas planteados por la obra de Azuela —problemas literarios o culturales— se quedaron sin resolver. No surgió en México el crítico que asumiera con osadía e imaginación la tarea de revisar a fondo el 'caso Azuela' y hacer la lectura que esa obra merecía. Por una parte, la obra —ante todo, *Los de abajo*— sería protegida, recuperada y difundida: la edición de las *Obras completas* entre 1958 y 1960 así lo comprueba; y la edición especial de *Los de abajo* (Tezontle 1983) conmemoró un millón de ejemplares de la novela publicados en las sucesivas ediciones de la Colección Popular del Fondo de Cultura Económica. En los años setenta *Los de abajo* ingresó metódicamente en el aula de la enseñanza media y en la universidad, y pareció desde entonces correr la suerte de los "clásicos" modernos hispanoamericanos, una vez acuñados los lugares comunes críticos para su lectura repetida.

En 1952, dije antes, varios problemas críticos no estaban resueltos y serían la base para seguir labrando la recepción de Azuela con ciertos márgenes interpretativos. Así, se renegó de la exclusiva atención crítica a *Los de abajo*, dado que Azuela había sido un escritor prolífico y diverso; pero al mismo tiempo no pudo dejar de reconocerse el hecho contradictorio de que Azuela seguía siendo para lectores y críticos el autor de 'una' novela, tal vez por la importancia que ella tenía para la literatura y la historia mexicanas. Una de las opiniones (de Alejandro Núñez Alonso) recogidas con motivo de la muerte de Azuela, pone en términos precisos y claros el punto que acabo de tratar: Azuela como novelista múltiple.

El caso literario de Azuela ha dejado de ser desde hace mucho tiempo el caso suscitado por *Los de abajo*. No se puede ya hablar y juzgar de la obra de Azuela partiendo de un caso incidental y sobre el cual aún hoy parecen girar todas las referencias sobre el tema. La

obra total de don Mariano, por lo que significa en el arte novelístico —técnica, censo de personajes, ambiente social de México, situaciones emocionales, léxico, etc.— rompe en mil añicos el halo glorioso de *Los de abajo*, para extenderse, dilatarse y engrandecerse en un mundo donde las particularidades comienzan a perder fisonomía e interés. Ya no se puede nombrar a Azuela y pensar en *Los de abajo* sin peligro de caer en la puerilidad y en la rutina, que es aún más pecaminosa. Hay que hablar de Azuela y abarcar con este nombre toda la creación, toda la vida, todo el arte, toda la literatura que hay en sus veintidós volúmenes (Calvillo Madrigal 1952a).

El reclamo era sensato y formaba parte de un sentimiento de 'crisis' en la recepción de la obra de Azuela. Pese a todo, como señalé antes, éste continuó siendo considerado "el autor de *Los de abajo*", y el propio Calvillo Madrigal, en un artículo sobre "La clase media y Azuela", acabó reconociendo que pensar en Azuela y en *Los de abajo* era un "automatismo de las leyes de asociación" (Calvillo Madrigal 1952b).

En 1952, y dentro de esta misma problemática, Jesús Romero Flores dio su respuesta. Dedicó dos artículos a Azuela, y en ninguno de ellos mencionó a *Los de abajo*. Esta actitud heterodoxa se correspondía con el reclamo antes mencionado, y puede decirse que lo llevó a la práctica. Más aún, Romero Flores se planteó provocativamente la situación hipotética siguiente:

si alguien me preguntara cuál de los libros de Azuela me agrada más, no sabría responderle exactamente; me agradan todos; cada uno tiene su encanto particular [...]; pero para mis aficiones, la vida de Pedro Moreno el insurgente y su biografía del doctor Agustín Rivera son de mi predilección; las he leído muchas veces (Romero Flores 1952b).

Los de abajo, como tantas otras novelas hispanoamericanas, puede comprobar la observación de que existen lecturas históricas y nacionales. La recepción actual de *Los de abajo*, así como la empecinada concentración en esta novela entre todas las de Azuela, es heredera de toda la recepción anterior. Si no es posible abstraer ("depurar") a la novela de las sucesivas lecturas que se han hecho de ella entre 1915 y el presente, en cambio podemos reconocer los tramos y características de esas lecturas en su evolución diacrónica. La fortuna crítica de *Los de abajo*

fuera de México —en especial la recepción española y francesa que siguió a su ‘descubrimiento’ en 1924— hace patente la desideologización de esas lecturas en relación con la Revolución mexicana, pero al mismo tiempo, también muestra la necesidad de encontrar en la novela una ‘imagen’ representativa y aclaratoria de aquella realidad otra, tan diferente, que era la mexicana para los ojos europeos. Lo cual constituía otra forma de ideologización. En México, a su vez, *Los de abajo* fue leída *en su contexto*; la literatura es un instrumento de conocimiento de la realidad y también un arma de pugna ideológica en la construcción de esa realidad. Azuela no había sido —como él mismo reconoció— sino un “narrador parcial y apasionado” (M. Azuela 1959), y no podía esperar de los lectores una recepción en el vacío. De tal manera, *Los de abajo* se propuso activa, hasta violentamente, el ‘diálogo’ político y cultural en la difícil etapa de la reconstrucción institucional posbélica.

En este sentido, la propuesta de Azuela en *Los de abajo* fue original, poderosa y al mismo tiempo limitada. Original y poderosa por referirse con vivacidad polémica a los hechos aún dramáticos de la vida colectiva; limitada, porque su visión no fue más allá de los principios liberales, no pasó de proponerse la reivindicación política. No fue la suya una visión estructural y estructurada, profunda, orientada a la raíz. Azuela mostró, como ningún escritor antes (ni después), la aparición y el ascenso poderoso de los sectores medios en la vida mexicana. Dejó novelas inteligentes y bien armadas sobre la problemática contradictoria de estas clases. Fustigó los hábitos sociales desde un punto de vista muy personal, con honestidad, pero nunca se planteó el análisis o la pregunta por los orígenes de aquellos problemas sociales que podía lúcidamente, sin embargo, describir. No forjó, por eso, ninguna relación comprensiva con el pueblo, en particular los sectores más humildes, ese pueblo que antes de la Revolución no era dueño del poder económico y político del país y que después de la Revolución tampoco logró serlo.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- ACEVEDO ESCOBEDO, ANTONIO. "El triunfo de don Mariano Azuela." *El Nacional* 3 feb. 1950.
- AZUELA, MARIANO. "Azares de mi novela *Los de abajo*." *Revista de la Universidad de México* 1. 2 (1952): 55-56.
- . "A propósito de un libro sobre novela mexicana." *Universidad de México* 6.62 (1952): 9-10.
- . "El odio al caciquismo me convirtió en narrador parcial y apasionado." *La Gaceta* 5.60 (1959).
- . *Obras completas*. Vol. 3. México: FCE, 1960.
- . *Epistolario y archivo*. Ed. B. Berler. México: UNAM, 1969.
- AZUELA, SALVADOR. "De la vida y pensamiento de Mariano Azuela." *Universidad de México* 6.66 (1952): 3-29.
- BALBUENA, JUAN. Introduction to *The Underdogs*. New York: Brentano's, 1929.
- . "La Patria recogió el cadáver del ilustre Mariano Azuela." *El Nacional* 3 mar. 1952.
- CALVILLO MADRIGAL, SALVADOR. "Enlutó a las letras mexicanas la muerte de D. Mariano Azuela." *El Nacional* 2 mar. 1952 (a).
- . "La clase media y Azuela." *El Nacional* 14 mayo 1952 (b).
- COLÍN, EDUARDO. "*Los de abajo*." *Rasgos*. México: Manuel León Sánchez, 1934. 79-86.
- DULSEY, BERNARD. "Azuela Revisited." *Hispania* 35 (1952): 335-340.
- ENGLEKIRK, JOHN E. "The Discovery of *Los de abajo* by Mariano Azuela." *Hispania* 18 (1935): 53-62.
- FERRETIS, JORGE. "Mariano Azuela." *Crisol* 13 (1935): 154-158.
- GUILLEN, FEDRO. "Mariano Azuela." *El Nacional* 28 ene. 1950.
- KERCHEVILLE, FRANCIS, M. "El liberalismo de Azuela." *Revista Iberoamericana* 3 (1941): 381-398.
- MAGAÑA ESQUIVEL, ANTONIO. "Mariano Azuela y el Premio Nacional de Literatura." *El Nacional* 6 feb. 1950.
- MANCISIDOR, JOSÉ. "Azuela, el novelista." *El Nacional* 28 nov. 1949.
- . "Mi deuda con Azuela." *El Nacional* 25 ago. 1957.
- MONTERDE, FRANCISCO. "*Los de abajo*." *Biblos* 29 feb. 1920.
- . Ed. *Mariano Azuela y la crítica mexicana*. México: Sep/Setentas, 1973.

- MOORE, ERNEST R. "Biografía y bibliografía de don Mariano Azuela." *Ábside* 4.2,3 (1940). 3 (3 mar.).
- MORALES JIMÉNEZ, ALBERTO. "El esfuerzo que se está haciendo por crear novela, acabará por hacerla, expresa Azuela." *El Nacional* 3 dic. 1949.
- NORIEGA HOPE, CARLOS. "Los de abajo, el Dr. Mariano Azuela y la crítica del punto y coma." *El Universal* 10 feb. 1925.
- NOVO, SALVADOR. "Despidiendo al gran novelista." *El Nacional* 4 mar. 1952.
- ORTEGA, GREGORIO. "Azuela dijo..." *El Universal Ilustrado* 29 ene. 1925.
- . Nota preliminar a *Los de abajo*. Madrid: Biblos, 1927.
- ROBE, STANLEY L. *Azuela and the Mexican Underdogs*. California: University of California Press, 1979.
- ROMERO FLORES, JESÚS. "El novelista Mariano Azuela y los escritores lagunenses." *El Nacional* 19 ago. 1952. (a).
- . "La obra interesante y fecunda del novelista Mariano Azuela." *El Nacional* 26 ago. 1952. (b).
- RUFFINELLI, JORGE. *Literatura e ideología: el primer Mariano Azuela (1896-1918)*. México: Premiá, 1983.
- . Ed. crítica de Mariano Azuela, *Los de abajo*. Colección Archivos. París, 1988.
- SALADO ÁLVAREZ, VICTORIANO. "Las obras del doctor Azuela." *Excelsior* 4 feb. 1925.
- SCHNEIDER, LUIS MARIO. *Ruptura y continuidad. La literatura mexicana en polémica*. México: FCE, 1975.
- SPELL, JEFFERSON REA. "Mariano Azuela, Portrayer of the Mexican Revolution." *Contemporary Spanish American Fiction*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1944. 49-61.
- TORRES-RIOSECO, ARTURO. "Mariano Azuela." *Revista Cubana* 9 (1938).
- VILLASEÑOR, RAMIRO. "Biografía y bibliografía de Mariano Azuela." *Letras de México* 1 (1937).
- VILLAURRUTIA, XAVIER. "Sobre la novela, el relato y el novelista Mariano Azuela." *La Voz Nueva* I. 46 (1931).